

dejó, montones de oro y plata, sino porque siempre se encuentra por algún rincón alguna moneda suelta de la Virgen en las santas manos de los hombres trabajadores y de los pobres de espíritu.

AVENTURAS DE SIDONIO EL GRANDE

Y

DEL PEQUEÑO MEDERICO

AVENTURAS DE SIDONIO EL GRANDE Y DEL PEQUEÑO MEDERICO

I.

LOS HÉROES

A la distancia de cien pasos, Sidonio el grande se asemejaba á un álamo, con la diferencia de ser todavía más alto y más grueso; á los cincuenta se distinguía perfectamente su sonrisa satisfecha, sus saltones ojos azules, sus enormes puños que balanceaba con aire encogido; á los veinticinco se le conccia sin vacilar como á un muchacho valiente, fuerte como un ejército, pero completamente tonto.

El pequeño Mederico tenía por su estatura todas las apariencias de una lechuga, pero sólo en lo tocante á la estatura, pues sus labios finos y movibles, su despejada y ancha frente, la gracia de su saludo, la elegancia de su cuerpo, probaban que poseía más talento que cuarenta cerebros de hombres sabios reunidos. Sus redondos

ojos, parecidos á los de un mochuelo, lanzaban penetrantes miradas, que acaso se hubieran juzgado mal, á no velar sus largas pestañas rubias con una dulce sombra su malicia y su astucia. Caían en bucles sus cabellos, y su risa era tan franca que se sentía uno atraído hácia él por una irresistible simpatía.

Aunque les costaba mucho trabajo conversar libremente entre sí, Sidonio el grande y el pequeño Mederico, no por eso dejaban de ser los mejores amigos del mundo. Tenían ambos diez y seis años, habían nacido el mismo día y á la misma hora, y se conocían desde entonces, porque sus madres, que eran vecinas, se complacían en acostarlos juntos en una cuna misma hasta el día en que Sidonio el grande no se contentó con una cama de tres pies de largo. Era cosa rara que dos niños criados en las mismas costumbres, alimentados del mismo modo, crecieran tan desigualmente. Aquel hecho turbaba grandemente á los sabios de la vecindad, pues las quinientas ó seiscientas sentencias escritas sobre aquel punto por hombres expertos en la materia, probaban que sólo Dios poseía el secreto de esos anómalos crecimientos, como posee el de las Botas de siete leguas, el de la Bella durmiente en el bosque, y el de esas mil verdades tan seductoras y tan sencillas, que sólo en la pureza de la infancia son creíbles.

Los mismos sabios que no se explicaban aque-

llo, no podía resolver este otro grave problema: el por qué del cariño entrañable que profesaba el imbécil Sidonio al tunante de Mederico, y cómo este listísimo muchacho hallaba caricias para tan gran zoquete. Problema obscuro, capaz de inquietar á los espíritus investigadores: la fraternidad de la ramita de hierba y de la encina.

No me ocuparía tanto de aquellos sabios, si uno de ellos, el menos acreditado del barrio, no hubiera dicho cierto día, alzando pretenciosamente la cabeza: «Ya, ya, pobres gentes, ¿no saben ustedes la explicación de esto? Pues es muy sencilla. Operóse un cambio entre estos niños cuando se criaban, cuando dormían juntos, cuando tenían la piel fina y el cráneo blando. Sidonio tomó el cuerpo de Mederico, Mederico la imaginación de Sidonio; de suerte que el uno ha crecido en brazos y piernas y el otro en talento. De ahí proviene su amistad, puesto que son el mismo ser en dos seres diferentes. Esta es, si no me engaño, la definición de los amigos perfectos.»

Cuando el buen hombre hubo hablado de este modo, sus colegas rieron á carcajadas y le tacharon de loco. Un filósofo se dignó demostrarle cómo las almas no se transportan de la manera como se trasvasan los líquidos; un naturalista le gritó al mismo tiempo al otro oído, que no había ejemplos en zoología de un hermano que hubiese cedido sus hombros á otro hermano del mismo modo que hubiera podido cederle la mitad de un

pastel. Pero el sabio callejero, levantando la cabeza, repetía sin cesar: «Yo he dado mi explicación, den ustedes la suya, y veremos cuál de las dos es más razonable.»

Medité largo tiempo sobre aquellas palabras, descubriendo en ellas profunda sabiduría, y hasta hallar una explicación mejor (tan necesitado estoy de una para continuar este cuento), me atendré á la dada por el viejo adivino. Sé que herirá las ideas geométricas de muchas gentes; pero como estoy decidido á acoger con reconocimiento las nuevas soluciones que mis lectores hallarán sin duda alguna, creo obrar cuerdamente en tan delicada materia.

Lo que no há lugar á controversia es que Sidonio y Mederico se encontraban muy satisfechos de su mútua amistad, y por nada en el mundo hubiesen cambiado de cuerpo ni de espíritu.

Cuando Mederico indicaba á Sidonio un nido colocado en lo más alto de una encina, creíase el robusto joven el más listo de la comarca; y cuando él á su vez se inclinaba para entregar el nido á su pequeño compañero, imaginábase éste poseer la misma altura de su amigo. Mal lo hubiera pasado el que llamase estúpido á Sidonio creyendo no poder ser contestado por él, pues Mederico salía siempre á su defensa, hallando frases para probar al imprudente que el talento de su amigo era superior al del que le insultaba;

y del mismo modo, al burlarse de la escasa fuerza de Mederico, siempre Sidonio probaba con sus robustos puños que él poseía fuerza para los dos. Eran, pues, fuertes é inteligentes cuando estaban juntos, y sólo echaban de menos algo el día que por cualquier circunstancia tenían que separarse.

Debo decir que vivían como unos vagabundos desde que sus padres murieron siendo ellos chicos, y que comían en todas partes y á todas horas, pues no eran hombres capaces de alojarse en una estrecha choza, lo cual hubiera sido también muy difícil, dada la estatura de Sidonio. Por comodidad de ambos habitaban en medio del campo; dormían en verano sobre el césped, y se burlaban del frío del invierno bajo una templada colcha de hojas y hierbas secas.

Constituían un hogar extraño, encargándose cada uno de diversos quehaceres. Mederico conocía al primer golpe de vista los terrenos donde se criaban las mejores patatas, sabía el tiempo que debían permanecer entre ceniza para asarse bien, buscaba los alimentos precisos. Sidonio desenterraba las patatas, que no era flaco trabajo, porque si su compañero se contentaba con una ó dos, él era capaz de comerse una espuerta llena.

Estos sencillos cuidados domésticos no exigían ni astucia ni gran trabajo material; pero cuando había que ver á los dos amigos era en los grandes negocios de la vida, ya defendiéndose contra los

lobos en las noches de invierno, ya procurándosese trajes para vestir decentemente sin echar mano á la bolsa.

Sidonio trabajaba con ardor para mantener á distancia á los lobos, dando puñetazos y puntapiés á diestro y siniestro capaces de deshacer una montaña, pero casi siempre sin obtener gran resultado á consecuencia de su extremada torpeza. De aquellas luchas sacaba solo sus ropas hechas jirones, y entonces comenzaba la obligación de Mederico; el astuto muchacho se procuraba siempre ropa nueva, porque decía que lo mismo mortificaba su imaginación para procurársela nueva que usada; lo que más le mortificaba no era la calidad, sino la cantidad, porque figúrate los apuros del sastre obligado á vestir una de las torres de Nuestra Señora.

Una vez que la necesidad le obligó, dirigióse en busca de todos los molineros, solicitando de su complacencia las telas viejas de todos los molinos de viento de la comarca, y gracias al desparpajo con que la pidió, obtuvo tela suficiente para confeccionar un abrigo soberbio que hizo honor á Sidonio el grande.

Otra vez tuvo otra idea más ingeniosa aún. Acababa de estallar en el país una revolución, y como el pueblo, para probar su poder, rompió escudos y desgarró banderas y pendones, procuróse en gran trabajo todas las banderas estropeadas por las turbas. Figúrate la espléndida blusa de

meda de colores que lució el gigante por aquella época.

Eran aquellos trajes de pura etiqueta, y lo que Mederico deseaba eran telas fuertes para resistir mucho tiempo las garras y los dientes de las feroces fieras. Una noche de lucha, al ver que los lobos devoraron los restos de las banderas en forma de blusa, tuvo una súbita inspiración al ver tendidos en el suelo varios cadáveres. Encargó á Sidonio el trabajo de despellejarlos y secar al sol sus pieles, hecho lo cual, al cabo de ocho días se paseaba el gigante vestido con los despojos de sus enemigos. Sidonio, algo pretencioso como todos los buenos mozos, era muy amigo de lucir galas nuevas, y por tanto, todas las semanas hacía una carnicería sólo por el placer de aprovechar los pellejos.

Mederico se inquietaba poco de su guardarropa. Aunque no te he dicho cómo se procuraba su ropa, ya habrás comprendido que no dejaba de echar mano de sus astutas tretas, aun cuando para cubrir su cuerpo le bastaba cualquier pedacito de cinta. Era tan mono, á pesar de su pequeñez, que todas las señoras se le disputaban para cubrirle de terciopelo y encajes, de modo que siempre se le veía vestido á la última moda.

No me atreveré á decirte que los colonos de aquellos contornos estuvieran muy satisfechos de la vecindad de los dos amigos, pero tenían tanto respeto á los puños de Sidonio y tanta sim-

patía por las lindas sonrisas de Mederico, que les dejaban vivir en sus campos como en su propia casa. Los jóvenes no abusaban de la hospitalidad, ni se aprovechaban de las ajenas legumbres más que cuando estaban hartos de conejos y de peces; y como á tener mala intención hubieran arruinado en tres días al país, tenían en cuenta el mal que no causaban, el beneficio que les hacían al destruir centenares de lobos y atraer gran concurrencia de forasteros curiosos de conocerlos.

No quiero entrar en materia antes de haberte hablado largamente de las costumbres de mis héroes. ¿Los ves ya tal como eran? Sidonio alto como una torre, vestido complicadamente; Mederico adornado con cintas y lazos brillando á los pies del gigante como un escarabajo de oro. ¿Te los figuras paseándose por el campo, á la orilla de los arroyos, comiendo y durmiendo en los bosques, viviendo libres bajo el cielo azul? ¿Has comprendido lo imbécil que era Sidonio con sus brazos robustos, y los ingeniosos expedientes, las finas astucias encerradas en la cabecita de Mederico? Penétrate de la idea de que su unión constituía su fuerza, y de que á haber nacido lejos uno de otro, hubiesen sido unos pobres diábolos incompletos, obligados á vivir según los usos y costumbres de todo el mundo. ¿Has adivinado que si yo tuviese aviesas intenciones, podría muy bien encerrar en esa pareja algún sentido filosófico? ¿Estás decidida á darme gracias

por el gigante y el enano, á los cuales he descrito con singular cuidado, para que representen la pareja más maravillosa de la tierra?

¿Si, Ninon mia?

Entonces comienzo, sin más tardar el asombroso relato de sus aventuras.

II.

ENTRAN EN CAMPAÑA

Una mañana de Abril, en que la espesa niebla se elevaba de la tierra húmeda, Sidonio y Mederico calentábanse al fuego de la hoguera de ramas secas; acababan de almorzar, y esperaban que se extinguiesen las ramas para darse un paseo. Sidonio, sentado sobre una gran piedra miraba los carbones con pensativo rostro, pero no te engañe su preocupación, porque todos sabían que el pobre chico era incapaz de pensar en nada. Su diminuto compañero reclinado frente á él, contemplaba con amor los puños de su amigo, que eran motivo constante de su asombro y su alegría.

—¡Oh! ¡qué hermosos puños!—pensaba Mederico;—¡que dedos tan gruesos y tan largos! No quisiera por todo el oro del mundo recibir un moñicón de sus manos, capaces de matar á un buey.

¡Cómo ignora que lleva en su cuerpo nuestra fortuna! ¿No es una lástima emplear tan lindas

armas en matar dañinas fieras? Merecen más noble uso; debían ejercitarse en aplastar regimientos enteros ó destruir sólidas ciudades. Si, nosotros que hemos venido al mundo á llenar alguna importante misión, hemos llegado á los diez y seis años sin haber hecho nada digno de mención; esto no puede continuar así; ya estoy harto de esta vida encerrada en el fondo de los bosques; es preciso conquistar un reino reservado en algún país á los brazos de Sidonio, dignos de un rey.

El gigante, muy lejos de pensar en los grandes destinos soñados por Mederico, se adormeció sin turbar su tranquilo sueño la menor pesadilla.

—¡Eh, chiquillo!—exclamó Mederico.

Levantó la cabeza, miró á su compañero con inquietud y estiró sus brazos.

—Escúchame y trata de comprender si es posible. Nuestro porvenir me preocupa, porque creo que desperdiciamos el tiempo lastimosamente; la vida, querido, no consiste en comer patatas asadas y vestir lo mejor posible, sino que es necesario crearse una posición y un nombre. No somos hombres de tan pocas aspiraciones que nos contentemos con ser unos pobres vagabundos, y aunque no desprecie ese oficio elegido por los lagartos, los bichos más dichosos de la creación, siempre estamos á tiempo de volver á ejercerle. Se trata de salir de este país, demasiado pequeño para nosotros, lo más pronto posible, y de bus-

car una comarca más extensa donde tengamos campo para ejercitar nuestras excelentes condiciones. De seguro haremos fortuna si me secundas con tus medios de acción, es decir repartiendo trastazos según mi opinión y mi consejo. ¿Me has comprendido?

—Creo que sí—respondió Sidonio modestamente.—Vamos á viajar, luchando cuerpo á cuerpo con las gentes que nos estorben en el camino; será divertido.

—Pero nos hace falta un pretexto—continuó Mederico—para dejar esta vida de holganza. Busqué una comarca digna de poseernos, y no encontraba ninguna, pero felizmente me acordé de que un pajarito amigo mio me habló de un gran reino, llamado el Reino de los Dichosos, célebre por la fertilidad del suelo y el excelente carácter de sus habitantes. Le gobierna una reina llamada la amable Primavera, extremadamente bondadosa, que no sólo se contenta con dejar vivir en paz á los hombres, sino que hace partícipes á los animales de su reino de las raras felicidades de su vasto imperio. Ya te contaré una de estas noches las extrañas historias que me refirió con respecto á ese asunto el pájaro amigo. Acaso desees saber—pues te encuentro hoy singularmente curioso—cuáles son mis propósitos y qué pienso hacer en el Reino de los Dichosos; pero acostúmbrate á no juzgar las cosas de lejos. Me parece conveniente hacerme amar de la amable

Primavera, casarme con ella, para vivir cómodamente en lo sucesivo, sin cuidarme de los demás imperios del mundo. Veremos de crearte una posición adecuada á tus aficiones y que te permita ejercitar tus puños. Te juro crearte, tarde ó temprano, una ocupación tan noble que el mundo entero hablará dentro de mil años de tus hazañas, dignas de un Hércules.

Sidonio, que comprendió á su hermano, hubiera querido saltar á su cuello, á ser esto posible. Su imaginación, tan torpe de ordinario, le hizo ver entonces con los ojos del alma campos de batalla vastos como océanos, encantadora perspectiva que le produjo escalofríos de alegría á lo largo de los brazos. Se levantó, abrochó el cinturón que ceñía su blusa, y echó á andar de lante de Mederico.

Este meditaba, lanzando á su alrededor tristes miradas.

—Los habitantes de este país—dijo al fin—han sido siempre buenos para con nosotros, nos han tolerado en sus campos, nos han alimentado con sus productos; antes de abandonarlos debemos dejarles una prueba de nuestro reconocimiento. ¿Qué podríamos hacer que les fuera agradable?

Sidonio creyó sinceramente que aquella pregunta se dirigía á él, y respondió:

—Hermano, ¿qué te parece una gran fogata en señal de regocijo? Podemos quemar el pueblo con extrema satisfacción de sus habitantes,

que nada les distraerá tanto como contemplar las rojizas llamas en una noche oscura.

Mederico se encogió de hombros.

—Hijo mio—le dijo—te aconsejo que no te metas nunca en mis atribuciones. Déjame reflexionar un instante, y si tengo necesidad de tus brazos, entonces entrarás en acción.

Hay hacia la parte Sur una montaña que, según me han dicho, molesta mucho á nuestros bienhechores. El valle, falto de agua ve secarse sus tierras, que producen el peor vino del mundo, causa constante del pesar de los bebedores. Convocaron sus academias, pues tan docta asamblea no podría menos de inventar la lluvia; pero los sabios puestos en campaña, después de hacer estudios notabilísimos sobre la naturaleza y el declive de los terrenos, concluyeron por asegurar que era muy fácil conducir á la llanura las aguas del río próximo, si no estorbaba al proyecto esa montaña que obstruye el camino. Observa, amigo mio, cuán impotentes son los hombres; había allí un centenar de ellos, ocupados en medir, en nivelar, en trazar planos, en asegurar, sin temor de equivocarse, que la montaña era de mármol, de yeso ó de hierro. Hubieran llegado á pensarla si hubiesen querido; pero ni uno de ellos, por robusto que fuese, pensó en arrancarla de tan importuno sitio. Coge esa montaña, Sidonio; yo buscaré un sitio donde podamos colocarla sin perjudicar á nadie.

Sidonio abrió los brazos, rodeó delicadamente las rocas, hizo un ligero esfuerzo hacia atrás y arrancó de raíz el pesado fardo, apoyándole sobre sus rodillas mientras Mederico resolviera sus dudas.

—Bueno sería arrojarla al mar—murmuraba;—pero tal columna de agua produciría al caer, que parecería un nuevo diluvio. No es posible tirarla sobre la tierra, pues se corre el riesgo de aplastar un pueblo ó dos, y los labradores gritarian si cubriese un campo sembrado de cardos y de nabos. Ya ves, Sidonio, en qué situación tan embarazosa me hallo; los hombres han repartido el suelo de manera tan ridícula, que no se puede trasladar una montaña sin deshacer alguna heredad vecina.

—Verdad es, hermano mio—replicó Sidonio,—pero yo te ruego que se te ocurra una idea lo más pronto posible, no porque sea pesado este mamotreto, sino por lo que abulta.

—Pues ven—repuso el enano—vamos á colocarla entre aquellas dos colinas que están al Norte de la llanura; por aquella estrecha garganta sopla en este país un viento del diablo, y al cerrarla, estas rocas librarán al valle de los vientos de Marzo y de Septiembre.

Cuando llegaron y Sidonio se preparaba á soltar la montaña,

—Por Dios—gritó Mederico—déjala caer despacio, si no quieres conmovier la tierra en mas de

cincuenta leguas á la redonda. Hay que poner una cuña para que no ruede después de marcharnos. Ya está hecho; ahora las gentes beberán buen vino, tendrán aguas para regar las viñas y sol para dorar los granos. Ya ves, Sidonio, cómo somos más útiles que una docena de academias. Podemos durante nuestro viaje, cambiar á nuestro gusto la temperatura y la fertilidad de los países que atravesemos. Sólo se trata de arreglar un poco el terreno estableciendo al Norte un parapeto de montañas después de construir una pendiente para las aguas. La tierra está mal construida y dudo que los hombres tengan nunca bastante talento para edificar una vivienda digna de las naciones civilizadas. Nosotros haremos ese trabajo en nuestros ratos perdidos; hoy hemos pagado nuestra deuda de reconocimiento; sacude el polvo de tu blusa y partamos.

Sidonio, que no era filántropo y se cuidaba poco de si el vino de los demás era bueno ó malo, sólo oyó la última frase del discurso. La idea de viajar le encantaba, y apenas su hermano dió la voz de partida, la alegría le hizo dar dos ó tres saltos que le alejaron algunas docenas de kilómetros. Afortunadamente Mederico le había cogido por la punta de la blusa.

—Eh, amigo mio—gritó—no tengas esos movimientos tan bruscos; detente por el amor de Dios. ¿Crees que mis piernecillas son capaces de dar semejantes saltos? Si piensas andar con esas zan-

cadadas, puede que tarde algunos años en encontrarte.

Sidonio se sentó y el enano cogió con las dos manos el extremo del pantalón, y como era tan maravillosamente ágil; subió con rapidez sobre las rodillas de su compañero, agarrándose á los pelos que encontró en el camino. Después avanzó por los muslos, que le parecieron una carretera larga, recta, sin cuesta ninguna. Al llegar á la cumbre colocó el pie sobre el primer botón de la blusa, apoyóse en el segundo, y así sucesivamente subió hasta los hombros, donde hizo sus preparativos de viaje, tomó sus medidas, acostándose cómodamente en la oreja izquierda de Sidonio. Había escogido aquella habitación por dos razones: la primera, porque se hallaba á cubierto del viento y de la lluvia; la segunda, porque sin ser escuchado podía comunicar á su compañero una porción de secretos importantes. Con voz sonora gritó desde el abismo:

—Ahora, amigo mío, corre cuanto quieras, no te entretengas en pequeñeces; es necesario llegar lo más pronto posible.

—Sí, hermano—respondió Sidonio;—pero te ruego que no hables tan alto, porque me dejás sordo.

Dicho lo cual emprendieron el camino.

III.

BREVE DIGRESIÓN ACERCA DE LAS MOMIAS

No necesitaba el gran gigante arrojar memoriales al ministro de Obras públicas para la edificación de puentes y caminos, pues marchaba á través de los campos sin inquietarse por fosos ni colinas. El buen muchacho ejercía las reglas geométricas sin saberlas, pues se aprovechaba de la que dice que la línea recta es la más corta para ir de un punto á otro.

Así atravesó más de una docena de reinos, teniendo cuidado de no poner el pie en medio de ningún pueblo, á fin de evitar los trastornos consiguientes, y cruzó dos ó tres mares casi sin mojarse ni dar más importancia á las olas que si fuesen charcos de pasajera lluvia. Lo que más le divertió fueron los viajeros que encontró á su paso, sudando por las cuestas, preocupándose por el viento, la lluvia y las inundaciones. Para pasar tantos trabajos y apuros ¿por qué se moverán de sus hogares? pensaba Sidonio.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha deseó Mederico reconocer el lugar en que se hallaban; sacó la cabeza y contempló la llanura, volviéndose hacia los cuatro extremos del mundo y no viendo más que un inmenso desierto cubierto de arena.

—¡Señor, señor—dijo—cuánta sed deben tener los habitantes de esta tierra! El cúmulo de ruinas que contemplo, será de otros tantos pueblos cuyos habitantes habrán muerto faltos de un vaso de vino. No es este el Reino de los Dichosos, porque mi volátil amigo me lo pintó fértil en viñas y en frutos de toda especie, cruzado por doquiera por corrientes de agua cristalina. De fijo que este aturdido de Sidonio ha errado el camino.

—Y volviéndose al fondo de la oreja,

—Muchacho—gritó—¿dónde vas?

—¡Toma!—respondió Sidonio sin detenerse;—voy..... donde voy.

—Eres un tonto, hijo mío—replicó Mederico;—parece que ignoras que la tierra es redonda y que marchando siempre de frente no llegarás á ninguna parte. Ya nos hemos perdido.

—¡Ca!—repuso Sidonio corriendo á más y mejor; por todas partes estoy en mi casa.

—Detente, desgraciado—siguió gritando el enano;—mira cómo sudo al verte correr así; debí vigilar yo mismo el camino. Sin duda has aplastado con tus pies la vivienda de la amable Primavera, sin sospecharlo, porque palacios y chozas son iguales para tí. Ahora tendremos que recorrer el mundo al azar hasta el día que hallemos el Reino de los Dichosos; y puesto que no hay prisa, ni nadie nos espera, creo muy útil sentarnos para meditar con comodidad sobre el singular país que atravesamos en este momento. Hijo

mío, siéntate sobre esa montaña que está á tus pies.

—¡Eso una montaña!—respondió Sidonio—me había parecido un peñasco.

Aquel peñasco era una gran pirámide, pues nuestros héroes, después de atravesar el desierto de Sahara, se hallaban en Egipto. El gigante, que carecía de conocimientos históricos, miró al Nilo como á un arroyo cenagoso; y en cuanto á las esfinges y á los obeliscos, le parecieron desde su altura, de una forma singular y nada agradable. Mederico, que todo lo sabía sin haber aprendido nada, ofendióse por la poca atención que su hermano prestaba á aquel barro y á aquellas piedras, visitadas y admiradas en más de quinientas leguas á la redonda.

—Mira, Sidonio—le dijo—procura adoptar un aire de admiración y respetuoso asombro, pues es de muy mal gusto el permanecer indiferente junto á semejante espectáculo. Tiemblo al pensar que haya quien pueda verte haciendo gestos desdeñosos ante las ruinas del viejo Egipto, porque es indudable que perderíamos la estimación de las gentes de bien.

Como tienes suficiente imaginación para comprenderme, te diré que ese río amarillento, es, según me han dicho, un río muy antiguo, más antiguo que el Sena y el Loira, y se llama el Nilo. Los pueblos de la antigüedad se contentaron con descubrir sus bocas abiertas en el mar; pero

nosotros, curiosos en extremo y amigos de mezclarnos en lo que no nos importa, buscamos sus fuentes desde hace centenares de años, sin haber logrado descubrir el más humilde lago que pueda darle origen.

Las opiniones de los sabios están muy divididas, pues mientras los unos aseguran que buscando bien se hallarían las fuentes en alguna parte, los otros insisten en decir que después de haber escudriñado todo el país pueden afirmar que no existen semejantes orígenes. No tengo ninguna opinión sobre esta materia, porque después de todo, la solución no me haría crecer ni un centímetro más. Contempla ahora esas horribles bestias que nos rodean, abrasadas por los rayos del sol, los cuales aseguran que no hablan por exceso de malicia, pues conociendo el secreto de los primeros días del mundo, la eterna sonrisa impresa en sus labios es simplemente una burla á nuestra ignorancia. Yo no las juzgo tan malvadas, pues son simplemente buenas piedras de gran viveza de imaginación, que saben realmente menos de lo que quieren aparentar. Nada te diré sobre Menfis, cuyas ruinas vemos en el horizonte, por la sencilla razón de que no habiendo vivido en los tiempos de su poder, desconfío mucho de los historiadores. Podría leer, como otro cualquiera, los jeroglíficos de los obeliscos y de los destruidos muros; pero además de que no me divierte, soy muy escrupuloso en ma-

teria de historia para exponerme á tomar una A por una B, induciéndote á creer errores que serían de funestas consecuencias para tí. Prefiero á todos esos apuntes generales darte una ligera reseña sobre las momias. Nada es más agradable á la vista que una momia bien conservada, y por eso los egipcios se enterraban con tanta coquetería, previendo el raro placer que tendríamos un día al desenterrarlos. Las pirámides, según opinión general, servían de tumbas, á menos de estar destinadas á otro objeto que desconocemos. A juzgar por esta en la que estamos sentados—pues te ruego te fijas en que nuestro asiento es una de las pirámides más bellas—las creo construidas por un pueblo hospitalario con objeto de que sirvan para el descanso de los viajeros fatigados como nosotros. Sabe, pues, amigo mío que treinta dinastías duermen bajo nuestras plantas, estando los reyes tendidos á millares entre la arena, cuidadosamente fajados, con las mejillas frescas y conservando sus dientes y sus cabellos. Podríamos, si quisiéramos, formar una linda colección de gran interés para los cortesanos. La desgracia es que se han olvidado sus nombres y no podrían ponérseles las correspondientes etiquetas. Están más muertos todavía sus nombres que sus cuerpos. Si alguna vez llegas á ser rey, piensa en esas pobres momias reales, dormidas en el desierto, las cuales han vivido cinco mil años entre los gusanos y no han podido vivir diez

siglos en la memoria de los hombres. Nada perfecciona tanto la inteligencia como los viajes, merced á los cuales pienso completar tu educación dándote un curso práctico sobre todas aquellas cosas notables que vayamos encontrando en el camino. He dicho.»

Durante este largo discurso, Sidonio, para complacer á su compañero, había adoptado una fisonomía estúpida, y bostezando, miraba con aburrimiento al Nilo, á las esfinges, á Menfis, á las pirámides, esforzándose también por darse cuenta de lo que eran las momias, aunque sin resultado. Miraba á hurtadillas al horizonte para ver si distinguía algún objeto que le sirviese de pretexto para interrumpir al orador sin faltar á la política. Por fin divisó dos grupos de hombres que se destacaban en los dos extremos opuestos de la llanura.

—Hermano, dijo, los muertos me aburren; dime quiénes son aquellos que vienen hácia nosotros.

IV.

LOS PUÑOS DE SIDONIO

Me había olvidado de decirte que serían las doce de la mañana cuando nuestros viajeros discurrían del modo dicho, sentados sobre una de las grandes pirámides. Las aguas del Nilo corrían

pausadamente por la llanura, semejantes á una corriente de metal fundido; el cielo estaba blanco como la bóveda de un enorme horno calentado por algún hornillo gigantesco; la tierra carecía de sombra, y dormía sin respirar, sumida en un sueño pesadísimo. En medio de esta inmensa inmovilidad del desierto, los dos grupos formados en columna, avanzaban como si fuesen serpientes que se deslizaran con lentitud sobre la arena.

Fueron corriendo tanto, que no tardaron en ser más bien que simples caravanas, dos ejércitos formidables, dos pueblos ordenados en desmesuradas filas que se extendían de un extremo del horizonte á otro, destacándose como una línea oscura sobre la brillante claridad del suelo. Los que bajaban del Norte llevaban casacas azules, los que procedían del Mediodía vestían blusas verdes. Todos llevaban sobre el hombro largas lanzas provistas de aceradas puntas, de manera que á cada paso que daban las columnas, las armas brillaban como un extenso y silencioso relámpago. Caminaban unos contra otros.

—Estamos perfectamente colocados, mi querido Sidonio,—gritó Mederico—pues si no me engaño, vamos á presenciar un hermoso espectáculo. Estos valientes guerreros no carecen de imaginación, pues no han podido elegir un sitio mejor para degollar cómodamente á muchos millares de hombres. Quieren destrozarse á su gusto, y

los vencidos tendrán una hermosa llanura para correr cuando necesiten abandonar el campo á toda prisa. Dime dónde hay una planicie más á propósito para batirse á satisfacción de los espectadores.

Sin embargo, los dos ejércitos se detuvieron, dejando entre sí una ancha franja de terreno, lanzando gritos aterradores, blandiendo las armas y enseñando los puños, pero sin avanzar ninguno una sola pulgada. Unos y otros parecían mirar con mucho respeto las picas enemigas.

—¡Oh, pícaros cobardes!—replicó Mederico impacientándose;—¿es que pensáis acampar aquí? Cualquiera juraría que han andado centenares de leguas por el solo placer de zurrarse; y sin embargo, míralos cómo dudan hasta en darse el más suave coscorrón. Te pregunto, querido, si es razonable que dos ó tres millones de hombres atraviesen todo el Egipto en pleno sol del medio día para mirarse las caras y llenarse de injurias. ¡Batiros, cobardes! Míralos; bostezan al sol como lagartos, como si no supieran que estamos esperando. ¡Eh, cobardes y más cobardes! ¿os batís ó no os batís?

Los azules, como si hubieran oído las exhortaciones de Mederico, dieron dos pasos al frente; los verdes, al ver esta maniobra, dieron por prudencia dos pasos atrás. Sidonio, escandalizado, dijo á su hermano:

—Siento un deseo furioso de confundirlos; la

lucha no comenzará nunca si no los meto en danza. ¿No opinas que debo ejercitar mis puños en esta ocasión?

—¡Pardiez!—respondió Mederico — gracias á Dios que has tenido una buena idea en tu vida. Remángate, y manos á la obra.

Sidonio se subió las mangas y se levantó.

—¿Por cuáles empiezo—preguntó —por los azules ó por los verdes?

Mederico vaciló un segundo y dijo:

Los verdes son indudablemente los más cobardes; zúrrales para enseñarles que el miedo no garantiza de los golpes; pero aguádate, que voy á colocarme con comodidad, á fin de no perder nada del espectáculo.

Y una vez dicho esto, subió á la oreja de su hermano donde se tumbó boca abajo, sacando tan sólo la cabeza y agarrándose á un mechón de pelos que encontró á mano, para no caer en medio del zafarrancho. En cuanto se colocó, declaró que podía empezar el combate.

Inmediatamente Sidonio cayó sobre los verdes con los brazos desnudos, cogiendo puñados de hombres y lanzándolos al aire como se aventan el trigo en las eras y dando puntapiés á derecha é izquierda, á batallones enteros cuando algunas filas demasiado compactas le impedían el paso. Te aseguro que fué un combate digno de una epopeya de veinticuatro cantos. Nuestro héroe se paseaba sobre las lanzas como sobre tallos de

hierba; iba de aquí para allá abriendo por todas partes anchas brechas, aplastando á unos contra la tierra, lanzando á otros á veinte y treinta metros de distancia. Las pobres gentes morían sin tener el consuelo de saber quién les mataba. Primero, cuando descansaba sobre la pirámide, nadie le distinguía claramente sobre los bloques de granito; después, cuando se levantó, nadie tuvo tiempo de verle. Ten en cuenta que se tardaba dos minutos en ver su cuerpo y llegar con la mirada á lo largo de él hasta la cara. Los verdes, por consiguiente, no se daban cuenta exacta de aquellas acometidas que les arrebatában centenares de hombres. La mayor parte creyeron, al espirar, que la pirámide se había derrumbado sobre ellos, pues no podían imaginar que existiese un hombre cuyos puños pudieran confundirse con enormes piedras.

Mederico, maravillado por este hecho de armas, se regocijaba á sus anchas, palmoteando, y olvidándose del riesgo de caer, perdió el equilibrio, pero se agarró fuertemente al mechón de pelos. No pudiendo permanecer mudo en tales circunstancias, saltó al hombro del héroe, agarrándose del lóbulo de la oreja de éste, y desde allí tan pronto miraba al llano como se volvía para animarle con sus palabras.

—¡Bravo!—gritó— ¡qué puñetazos! ¡parecen martillos cayendo sobre el yunque! ¡Viva, buen mozo! ¡Eh, pega hacia la izquierda, que el grueso

de la caballería intenta huir á la desbandada! ¡Eh! date prisa: golpea ahora á la derecha; ¿no ves un grupo de guerreros con los vestidos galoneados de oro y seda? Pon en juego tus pies y tus manos al mismo tiempo, pues creo que se trata de príncipes, duques y otros pájaros de cuenta. ¡Pardiez! el campo va quedando bien limpio, como si la guadaña de la muerte hubiese pasado por aquí! No te descompongas, amigo, no te descompongas. Procede con método, que, según sea menester, así irás ó no de prisa. Perfectamente; caen por centenares con un orden perfecto; me gusta que todas las cosas se hagan con regularidad. ¡Qué maravilloso espectáculo! Diríase que estábamos en un campo de trigo viendo segar las espigas y colocarlas luego en el suelo en alineados haces. Pára, pára, hombre, no te entretengas en aplastar los fugitivos uno á uno; no levantes la mano sin llevar en ella dos ó tres docenas á lo menos. ¡Bravo! ¡qué cachetes, qué acometidas, qué puntapiés!

Mederico se extasiaba cada vez más, agitándose en todos sentidos, sin hallar exclamaciones bastante escogidas para dar á conocer su satisfacción. La verdad es que Sidonio no golpeaba ni con demasiada fuerza ni con demasiada rapidez, pues desde un principio había adoptado un gesto de hombre de bien, y continuaba su tarea flemáticamente sin acelerar los movimientos. Únicamente vigilaba los bordes de la masa ar-

mada, y cuando veía destacarse algún fugitivo, se contentaba con volverle á su sitio de un pescozón, á fin de que aguardase allí su fatal turno. Al cabo de un cuarto de hora de semejante maniobra, se encontraban todos los verdes tendidos en la llanura, sin que hubiese quedado uno solo para llevar á su patria la triste nueva; circunstancia bien rara y desdichada, sin precedente en la historia del mundo.

No le gustaba á Mederico ver la sangre derramada; así es que cuando todo acabó,

—Querido mío—dijo á Sidonio—es justo que después de haber exterminado este ejército le entierres.

Entonces el interpelado miró á su alrededor, y viendo dos ó tres cerros de arena, los echó con los piés sobre los muertos, aplanó la tierra con la mano é hizo así una sola fosa que sirvió de tumba á más de un millón de hombres. En una situación semejante, pocos conquistadores se hubieran cuidado de llenar este deber con los vencidos; pero nuestro héroe, por muy héroe que fuese, se portaba á veces como un excelente niño.

Durante aquel acontecimiento, los azules, estupefactos por aquel refuerzo que les había caído de lo alto de una de las pirámides, tuvieron tiempo de convencerse de que no era un derrumbamiento de piedras el causante de todo aquello, sino un hombre de carne y hueso. Tra-

taron de ayudarle; pero al ver cuán cómodamente trabajaba, comprendieron que más bien le servirían de estorbo, y se retiraron discretamente por temor á que les tocase algo. Empinándose para ver mejor, acogían cada embestida del gigante con una tempestad de aplausos, y cuando vieron que había muerto y enterrado á todos los verdes, lanzaron estridentes carcajadas, felicitándose por la victoria, mezclándose tumultuosamente y hablando todos á la vez.

Sidonio tuvo sed; bajó á la margen del Nilo á beber un trago de agua y se le bebió de un sorbo; pero afortunadamente para el Egipto, halló aquel brevahe tan caliente y tan insípido, que devolvió el río á su cauce sin desperdiciar una gota. Ya ves en qué poco estriba el perderse la fertilidad de un país.

De muy mal humor volvió al llano y miró á los azules que se frotaban las manos.

—Hermano—dijo con tono insinuante—¿no te parece que golpee un poco sobre éstos? Hacen mucho ruido, y me parece que con unos cuantos puñetazos los sumiría en un respetuoso silencio.

—Guárdate bien de hacerlo—respondió Mederico;—les observo hace un rato y les veo llenos de las mejores intenciones hacia tí, de quien hablan en este instante. Procura tomar una postura majestuosa, pues si no me engaño, van á cumplirse tus grandes destinos. Mira, una diputación viene hacia tí.